



## CAPITULO XXIV

ESPAÑA.—DESDE 1852 Á 1868.

La cuestión annamita.—Cuba, Filipinas y Fernando Póo.—Méjico.—Guerra de Africa.—La intentona del general Ortega.—El Pacífico.—Méndez Nuñez.—Anexión de Santo Domingo.—Legislatura de 1860.—Insurrección socialista en Andalucía.—Insurrecciones militares.—Retraimiento de los progresistas.—Cambios políticos.—La reacción ocupa el poder.—Destierro del duque de Montpensier.—Inminencia de la revolución.—Muerte de O'Donnell y de Narváez.

**B**ECURSO importante para la prosperidad que tuvo la administración del Gabinete O'Donnell fué, sin duda alguna, como ya hemos manifestado en otro lugar, la famosa desamortización decretada por la ley de 1855.

Pero para esto hubo necesidad de enviár á Roma como embajador, á uno de los hombres más importantes que han intervenido en la política de España en el espacio de muchos años.

«O'Donnell, dice el señor Valera, envió á Roma á don Antonio de los Ríos y Rosas. Difícil era el empeño que el nuevo embajador llevaba. Se trataba nada menos que de reformar el Concordato del año 1851. La corte romana debía deshacer lo que pocos años antes había hecho, y esto era tan difícil, que el nuncio de Su Santidad en Madrid, monseñor Barilli, se negaba resueltamente, hasta oír hablar del asunto. En tal situación fué Ríos Rosas á Roma, donde logró más de lo que podía presumir. Si su crédito y su importancia le ayudaron, no se puede negar que las circunstancias le fueron también favorables. La guerra de Italia, en que los piamonteses, poderosamente auxiliados por un ejército del emperador de Francia, vencían á los austriacos y los echaban de Lombardía, infundía en la Santa

Sede insólita debilidad, llevándola á poner la mira en no enemistarse con todos los Estados católicos. Pero de cualquier modo que fuese, Ríos Rosas dió muestras de hábil negociador, alcanzando para sí no pequeña gloria y abriendo camino al Gobierno para lograr á la vez tres cosas importantísimas: ganarse la voluntad de los progresistas llevando á cabo por completo la desamortización eclesiástica: tranquilizar á los moderados y hasta acallar las quejas y censuras de los reaccionarios y clericales, diciendo que la desamortización se hacía de acuerdo con el Papa y proporcionarse por medio de esta desamortización, extraordinarios recursos: miles de millones de reales.

»Para ponderar en todo su valor el triunfo de Ríos Rosas, conviene tener en cuenta que, pasado el bienio y venida la reacción, los Gabinetes que se sucedieron en España hasta la vuelta de O'Donnell, pugnaban sólo porque no se anulasen las ventas de bienes de la Iglesia hechas durante el bienio. En cambio del saneamiento de estas ventas consentían en que no se vendiesen los bienes de los regulares de ambos sexos, cuya propiedad pertenecía á la Iglesia por el Concordato, si bien con obligación de enajenarlos.

»Todavía, en tiempo del ministerio Istúriz, para indemnizar á la Iglesia por las ventas hechas de sus bienes en 1855 y 1856, se comprometía el Gobierno español á dejar en su poder como propiedad absoluta y sin obligación de hacer la venta, todos los bienes del clero regular que fueran bastantes á la indemnización; pero el Gabinete Istúriz exigía de Roma la venia para vender los demás bienes del clero secular, dando en cambio inscripciones de la renta consolidada del 3 por 100.

»En tal estado estaban las negociaciones cuando Ríos Rosas intervino en ellas, relevando á don Alejandro Mon que nos representaba en la corte pontificia. Las instrucciones que á aquél se le dieron no fueron ya transigentes, sino claras y explícitas en favor de la desamortización más completa.

»Todos los bienes eclesiásticos, así los procedentes del clero secular como los del regular, debían venderse, ya que el Estado no admitía la amortización, dándose en cambio inscripciones de la deuda consolidada. Esto fué á pretender ó más bien á exigir Ríos Rosas. Verdad es que empezaba por reconocer el pleno derecho que tenía la Iglesia á adquirir y conservar toda clase de bienes; pero, al mismo tiempo, no le dejaba de este derecho más que la teoría ó la potencia, ya que trataba de despojarla de todos los bienes en su virtud hasta entonces adquiridos, bien que mediando indemnización. Natural era que el cardenal Antonelli, ministro de Estado del Papa, se resistiese á la pretensión de Ríos Rosas. Este estuvo á punto ó simuló estar á punto de retirarse de la capital del orbe católico. El cardenal Antonelli, á pesar de su serenidad y agudeza de ingenio, llegó á sospechar que Ríos Rosas pudiera indisponerle, no sólo con los liberales de España, sino con las potencias europeas, y aun llegó á insinuar esta sospecha; pero Ríos Rosas, con ruda franqueza, que no deja á veces de ser diplomática, le dijo haría entender al episcopado español que Roma se oponía á un convenio benéfico. Desvaneciéronse algunos errores del cardenal, y mostróse lo que ganaba el clero con el convenio; que al fin se firmó el 25 de Agosto de 1859, como adicional al Concordato.

»Si el Gobierno se veía libre de este grave asunto, no dejaron de preocuparle otros en las provincias ultramarinas. El general don José de la Concha, que había reemplazado al conde de Alcoy en el mando superior de la Habana, se esforzó por extirpar las malas semillas que dejara la fracasada expedición de López á Cárdenas, y moralizar la siempre tan mal parada administración de aquella

isla. Tuvo la fortuna de acabar con la primera partida que se presentó en las Tunas proclamando la independencia cubana, siendo fusilado su jefe Agüero y algunos otros; fuélo después Armenteros y los que le ayudaron en el territorio de Trinidad; y el mismo López, que no escarmentado, volvió en son de guerra á Cuba, pereció en el patíbulo, y se fusiló á poco á 51 filibusteros, enviándose á gran número á presidio y al destierro.

»Relevado Concha en 1852 por don Valentín Cañedo, se esmeró en contrarrestar nuevas expediciones filibusteras, fraguadas en el extranjero; y si de ellas pudo verse libre la isla, no le sucedió lo mismo con otras calamidades, como el cólera y los terremotos. Sucedióle en el mando, revestido con mayores atribuciones, por habersele conferido las de superintendente de hacienda y la jefatura de todas las dependencias gubernativas, don Juan de la Pezuela: formó gran empeño en moralizar la administración, mal crónico que ha ido allí creciendo como la sombra de Edipo, habiéndose demostrado que hasta algún capitán general hubo que de más de 87,000 pesos que recibió por emancipaciones durante su mando, no dejó ni 300 al cesar, sin embargo de no haber satisfecho atenciones sagradas. Mostróse inexorable Pezuela en la cuestión de esclavitud, que le produjo la inquina de los que tanto ganaban vendiendo negros, y por favorecer su contrabando, comprando blancos; y con otro proceder del que tuvieron los empleados de aduanas, se hubiera evitado la cuantiosa indemnización al armador de *Black Warrior*, convirtiéndose su capitán de agresivo en víctima.

»La amnistía concedida por el Gobierno, con mejor deseo que acierto, agravó la situación de Pezuela, ya incompatible con la revolución de 1854, que llevó de nuevo á Cuba al general Concha. Volvieron á efectuarse desembarcos de esclavos, casi como si fuera comercio lícito; disfrutóse de alguna tranquilidad, y para conservarla, consideraron algunos necesario conceder ciertas reformas, creándose así el partido reformista, en el que cabían hasta los mayores enemigos de la integridad española. Pero éstos no podían menos de aprovechar las ocasiones que ofrecía aquella constante desorganización de todos los ramos de la riqueza pública; y tenían derecho muchos cubanos á participar más de lo que participaban en la política y gobernación del país: al imponerse deberes justo era conceder derechos.

»Muy contrariado fué el final del mando de Concha por el agio de las Sociedades anónimas, y el

incremento que tomó el bandolerismo; y el general Serrano, que le relevó, opuesto algún tanto á ciertas reformas, recorrió la isla, captándose las simpatías de todos: deseó fomentar la riqueza pública; pero empezó tal penuria en las rentas, que tuvo la metrópoli que remesar fondos en vez de recibirlos; creáronse unos bonos, que se renovaron á su vencimiento, y aun se hicieron nuevas emisiones para atender á los gastos de la expedición á Méjico, que costó más de 67 millones de reales, y á la más aventurera de Santo Domingo, que excedió de 392, origen aquellos bonos de la deplorable situación financiera que entonces empezó á experimentar Cuba.

»En el más valioso que conocido archipiélago filipino, si el interior de las islas no inspiraba cuidado, exigíale la piratería de los vecinos, y especialmente de los que ocupaban á Joló, cuyo sultán llegó á desconocer los incontestables derechos de España, obligándole Urbiztondo, que era á la sazón capitán general y gobernador de aquellas islas, á reconocerlos, después de castigar á los insurgentes, aun á costa de alguna sangre española.

»Era necesario tal escarmiento, porque no se trataba sólo de imponerse á los piratas, sino de decir á poderosas naciones de Europa, á las que no son indiferentes nuestras Filipinas, que no descuidaba España la defensa de sus derechos.

»Los ingleses amenazaban el norte é islas del estrecho de Balabag, que ponen en jaque á la Paragua y Calamianes, deseosos de un punto de escala para avivar con sus vapores al entonces naciente establecimiento de Hong-Kong; situados los franceses en las Marquesas con su protección en Fagtay y su presencia en China, evidenciaban sus miras de adquirir cualquier punto intermedio que pusiera en contacto sus intereses comerciales; y los holandeses, además de sus adquisiciones en Borneo, Java y Sumatra, hacían investigaciones hasta el río de Mindanao. Conocían bien la importancia del archipiélago, aumentada con las recientes circunstancias que han hecho de California un centro de actividad extraordinario, y la preponderancia que la Australia adquiere.

»La inmoralidad administrativa, y más que todo el desarraigar envejecidos abusos é inmorales dilapidaciones, ocuparon á Urbiztondo, que consiguió remediar muchos males, aumentar las rentas, saldar el cuantioso déficit que ni aun permitía cubrir perentorias obligaciones, y contar con valiosos sobrantes. Cuando empezaba á disfrutar de los resultados de su honrada gestión, fué relevado por don Manuel Pavía.

»La expedición exploradora de la costa meridional de la isla de Mindanao, en la que se vió el buen efecto que había hecho al castigo á los de Joló; el que sufrieron los piratas que se atrevieron á hacer frente á las cinco falúas que constituían la división naval de Calamianes, mandada por don Claudio Montero, en cuyo combate perecieron más de cien piratas y se salvaron unos veinte cautivos, allanaron el camino para la fundación del establecimiento de Pollok, que enlazara á Davao con Zamboanga, comunicando directamente con las provincias de Caraga y Misamis, y cerrando la cadena que había de sujetar á los inquietos moradores de la hermosa y floreciente Mindanao. No se fué consiguiendo esto sin contrariedades y vicisitudes; las experimentó grandes el insurgente Cuesta, que no halló prosélitos y acabó su vida en el cadalso.

»Al nuevo capitán general de Filipinas don Manuel Crespo, rindiéronle homenaje cuatro dattos de Mindanao, á los que acompañó á su regreso una comisión que obtuvo los reconocimientos posibles, y llenó perfectamente su cometido. Más adelante se estableció en Mindanao un Gobierno general.

»Deseada aquella isla, cuya historia es inseparable de la muy gloriosa de los Padres Recoletos, quienes así como los Dominicos, han prestado grandes servicios á España, por los Jesuitas, consiguieron éstos establecer sus misiones en Mindanao y en Joló, reemplazaron en todo á los Recoletos, y surgieron grandes divergencias entre ambas comunidades religiosas, oponiéndose los Recoletos á que se elevara al clero indígena, rebajando al regular y español, que con el mismo fervor ha derramado su sangre en las misiones que en los campos de batalla, de lo que es elocuente testimonio el Padre Ibáñez.

»No producían tan excelentes resultados como en Filipinas las expediciones que se continuaban enviando á Fernando Póo é islas del golfo de Guinea. Estableció el ilustre marino don Joaquín J. Navarro, el culto católico, excluyendo de la colonia á los misioneros baptistas, ejecutó algunas obras de saneamiento, con negros de África, levantó edificios, rotuló calles, y empezó entonces la verdadera colonización de aquella isla de ochocientos cincuenta y ocho habitantes.

»Unos dos mil tenía la de Annobón, tan famélicos como degradados, siendo más bien un asilo de mendigos que de hombres libres; diferenciándose de ella la de Corisco, de unos mil pobladores, bien situada, cuyos habitantes, muy adictos á España, se gobiernan patriarcalmente. Tienen algún cultivo y escuelas. En el cabo de San Juan hay cuatro pe-

queñas poblaciones gobernadas por un rey sometido á España.

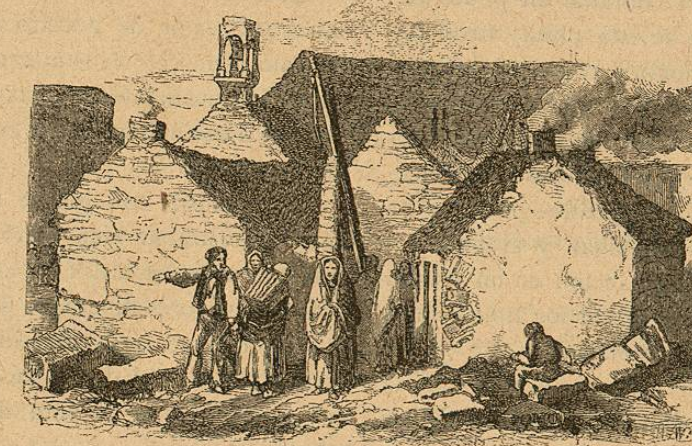
»El Gobierno español creyó sacar gran partido de aquellas islas, procuró la colonización, declaró diez años después que habían sido estériles los sacrificios hechos y se disminuyeron los gastos, habiéndose invertido desde la instalación de la colonia hasta 1871, más de treinta millones de pesetas.

»La conveniencia de conservar ó abandonar aquellas posesiones, se puso en tela de juicio.

»El martirio del obispo Sampedro, el de Díaz y de otros, santos misioneros cuyas exhortaciones no eran estériles en los poblados dominios de Annam, produjo la famosa expedición franco-española á Cochinchina, con el objeto de evitar

vejaciones y crueldades, establecer la libertad del culto cristiano y la seguridad de sus misioneros. Pero ésta, que era la sincera intención de España, no lo era de Francia, á la que se confió cándidamente el mando de la expedición; y aunque en todos los combates llevaron la mejor parte los españoles, por avezados á los rigores del clima, declaró el Gobierno francés «que era necesario que la España buscase en otro punto del imperio la compensación de los sacrificios que había hecho, pues Saigón y lo conquistado pertenecía á la Francia.» Y eran presentados los españoles en un orden del día dada por el almirante francés como *modelo de valientes!*

»Ajustóse por fin la paz en 1862 estipulándose la



ESPAÑA.—Grupo de mendigos.

protección á los misioneros y libertad para establecerse en el punto del imperio que les conviniese, indemnización de los gastos de la guerra, estipulaciones comerciales tan ventajosas para España como para Francia; pero quedando ésta dueña de tres provincias enteras.

»Renováronse las hostilidades por no satisfacer á los annamitas el establecimiento de la libertad del culto cristiano, y triunfantes de nuevo las armas aliadas, se ratificó el tratado al año siguiente.

»Los españoles regresaron á Manila, orgullosos de su comportamiento, pues siempre habían peleado en vanguardia; mas no muy satisfechos de las ventajas obtenidas.

»Al verificarse el canje del tratado, fueron recibidos en la corte del Tonquín los plenipotenciarios españoles y franceses, con verdadero lujo oriental, cuyo acto, sin ejemplo en los fastos anna-

mitas, formó época en el reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II, siquiera por ser la primera legación europea que penetró en tan desconocido reino. Así podía hacerse olvidar la responsabilidad del ministro que, al pactar la alianza con los franceses, no ajustó las condiciones de ella, y el mal proceder de algunas autoridades españolas. La Francia fué á ciegas, sin conocimiento exacto del terreno. Por imprevisión de nuestro Gobierno, lo que pudo haber sido una grande empresa, se limitó á una interesada adquisición de terreno, en la cual, sin embargo, ganó mucho el comercio europeo, y en el resultado de la guerra, el cristianismo.

»No ya acompañada España de soldados extranjeros, sino con los suyos, traspasó el estrecho y fué al África á vengar el agravio que suponía haber recibido por las salvajes kabilas de Anghera, con-finantes con Ceuta, que derribaron una piedra y